

vergüenza!—dispone nuestro matrimonio. Yo sentía en mi alma gritos y vociferaciones de la conciencia, que exclamaba: «¡Ana, que vais á cometer una infamia! ¡Que va's á engañar á un hombre en lo que tiene de mas sagrado el matrimonio! ¡Que vais á dejar en el tálamo una víbora dormida hoy, pero que puede mañana despertar!...» Y sin embargo de que mi conciencia se indignaba contra esto, no tuve valor para arrostrar las consecuencias de la negativa, y mi padre...

—Tu padre deseaba reponer de aquella suerte el buen nombre suyo, asegurarte una existencia respetada de la sociedad; y como tu desgracia era ignorada de todos, como la misma noche del nacimiento de tu hija la única persona que conocia nuestro secreto salió de Madrid con la criatura envuelta en unos pañales para lejano pueblo donde nadie la conocia...

—Sí, sí,—repuso la señora con desmayada voz, y tornando á llorar.—Todo eso me dijisteis. Pero ¿qué prueban esos detalles? Que mi honor estaba á cubierto de la crítica. Que una série de casos fortuitos dispusieron los hechos de modo que mi deshonor no pasara los límites de esta morada, y muriera aquí como la blasfemia del prisionero entre las cuatro paredes de la mazmorra. ¿Será por eso disculpable nuestra conducta con Acisclo?... Llegó, nos casamos... Atribuía el pobre Acisclo á mi

enfermedad última aquella tristeza que rodeaba mi persona, y yo, que estuve tentada de revelarle nuestro crimen... porque fué un verdadero crimen, una estafa mas grave y asquerosa que cuantas castigan las leyes... yo, que quise impedir aquel matrimonio, me sentí atada á la roca del silencio por el juramento que me obligaron Vds. á prestar.

—Repito, hija mia,—interrumpió el cura, cuya encanecida cabeza hubiese podido servir de modelo para pintar la indecision y el temor,—que el fin de tu padre era bueno, laudable, y mereció mi aprobacion... Dios manda perdonar... El perdonó al fin... Mas ¿qué es el perdon en asuntos de honra sinó una limpieza de la culpa que no lava la mancha, la cual queda afuera, á la puerta de la casa, á la vista de todos? Esto quiso remediar tu padre, dándote marido caballeroso y honrado. Tu primo Acisclo llegaba de América con el propósito de unirse á tí. No te conocia y te amaba sin embargo, por no sé qué noticias que de tí habia tenido en aquella feliz época de tu adolescencia, en que eras como un ángel, con trage largo, con pendientes y con rizos peinados á la moda... Tu padre me pidió consejo. Yo se lo dí. Yo le hablé con franqueza. Yo le presenté el pró y el contra de la cuestion. «Lo recto—le dije—es contestar á Acisclo: ese matrimonio es imposible, por esto y lo otro y lo de mas allá.» Tu padre me res-

pondió que antes consentiría en morir que en tales declaraciones. «¡Qué horror!—exclamó oyendo mis palabras.—¡Qué alegría proponeremos á los Añorbes de Carraicedo, que me han mirado siempre con los celos envidiosos que produce en todas las familias la rama principal, heredera de honores y riquezas, á la rama segundona, formada por los perailles, los estudiantillos, los hambrones, las primas incasables! ¡Qué gozo tendrán cuando se haga público este grave desliz de la hija de Añorbe de Lustrogrande! ¡Ah! nunca, nunca; no pensemos en eso. Hasta aquí envolvimos en el secreto el deshonor de Anita. Sigámoslo reservando.» Así dijo, y á otro día me llamó para expresarme su resolución de este modo: «He pensado mucho en el negocio que nos preocupa á tí y á mí. Toda la noche la he pasado haciéndole girar ante mis ojos, para verle bien por todos sus lados, y he decidido que Ana se case con mi primo Aciselo. Acabo de escribirle participándole que acepto la petición que me tiene hecha de la mano de Ana. Si la dejamos soltera, nos exponemos á que el día menos pensado, obrando á impulsos de una de esas ternuras del corazón tan frecuentes en ella, averigüe dónde está su hija y quiera recobrarla... ¡Esto sería terrible! Poniendo entre esa niña y Ana la barrera del matrimonio, Ana no se dejará arrebatar por tales ímpetus, y mi buen nombre está asegurado...

mi buen nombre, ¡lo que mas amo en la tierra! aquello que de padres á hijos se trasmite, mi generación limpia y refulgente, con esas espadas herrumbrosas que en el salón de la biblioteca adornan las panoplias de la casa.» Tu padre tenía una religión sublime, á mas de la del Crucificado: la religión del honor. Su buena fama era un ídolo, ante el cual creía él que todo debe sacrificarse: intereses materiales, afectos y dulzuras del alma... ¡Si todos pensasen como él, otro gallo nos cantara! ¡No sería tan odioso el aspecto de la sociedad, donde todo espíritu noble halla de continuo cosas que le producen asco y rubor. Porque el mal del siglo no es el pesimismo, como he leído el otro día en no sé qué libracó que cayó en mis manos, sino el descaro. Ese, ese es el mal.

—¡Con tales teorías han causado Vds. la desventura de mi hija!

—¡Ah! tu hija... Acerca de tu hija, debo asegurarte hoy que no la abandonamos, ni la echamos en los brazos de ese azar con pechos de madre que se nombra torno de la Inclusa, como tu papá quiso en un principio... Francisca, la antigua criada de tu abuela, iba á casarse en Nidonegro con un arriero algo pariente suyo y... ¿lo creerás? ella, ella misma, espontáneamente, se ofreció á llevarse el fruto de tu pecado. Tu padre, agradeciéndole tal muestra de adhesión á esta familia, le entregó á la niña, á Soledad...

—¡Soledad se llama!—gritó la madre con el acento en que se piden pormenores de una buena noticia.

—Así la puse yo en la pila...

—¡Soledad de mi alma! ¿Dónde se encuentra? padre mio... Permítame Vd. verla y le obedeceré en todo, y seguiré representando esa gran farsa de que ha sido víctima Aciselo, y...

—¡Calma, calma, calma!... Te referia cómo Francisca se llevó á tu hija á Nidonegro. Allí le enviaba tu padre una pequeña pensión trimestral, con la que hubiese podido vivir tu hija siempre, modestamente, pero sin carecer de todo lo necesario... Pues bien: héte aquí que cuando estalló esa maldita guerra, y la tropa puso sitio á Nidonegro, el vecindario pacífico salió en bandadas huyendo de la quema... Entre aquel vecindario iba Francisca é iba Soledad... Ello fué que perdimos su pista... Escribió tu padre varias cartas á Nidonegro, y el gobernador de la provincia, á instancias nuestras, practicó pesquisas en la mitad de los pueblos de su jurisdicción; y digo en la mitad, porque el resto de ellos estaba en armas contra el gobierno liberal, habiendo proclamado su dueño y señor á D. Carlos VII. Nada de esto dió resultado. Francisca y Soledad se habian escabullido, como se pierden dos agujas en un monton de paja... En esto sobrevino la muerte de tu padre... La misma tarde en que entregó su alma al Criador aquel

varon justo, aquel hombre íntegro, me mandó llamar por Garriguez. Yo vine corriendo... Teniale postrado un ataque de gota, no podía andar, y cuando lo intentaba, era apoyado en dos bastones y acompañando cada paso de lastimosas quejas. Su pierna derecha, claudicada, era un aparato inútil, cuyo muelle, oxidado, no le permitia ya trabajar. «¡Andamos levantados!—exclamé, fingiendo en mi voz y en mi rostro una alegría que ciertamente no experimentaba, pues veia acercarse el fin de mi bien amado amigo.—Sí,—me respondió;—yo me moriré de pié, porque mi muerte va á ser así como un desplome; vendrá como viene el rayo, y estoy seguro de que no tendré tiempo de decir «¡Jesús!...» Ello ha de ser, conque no lo lloremos antes de que llegue. El Señor me recibirá en sus brazos. La confesion me ha dado esa llave de oro con que se abre la divina esfera, y tus oraciones me ayudarán á empujar la *janua caeli*, si no se franquease para mí al primer llamamiento de mi alma... Quiero olvidarme de que aún vivo en la materia, y comenzar esa segunda vida espiritual que empieza con el alumbramiento á que llamamos muerte. Para ello me propongo olvidarme de que me hallo en el mundo, echar de mis hombros el peso abrumador de los negocios humanos. Hecho está mi testamento; sólo me resta por cumplir el último deber de caballero, de padre pundon-

roso y delicado; sólo me resta asegurar el éxito de nuestros comunes desvelos, porque la horrenda desgracia de Anita, á quien perdono de nuevo, y á quien bendigo hoy con toda mi alma, siga ignorada...» Ya sabes lo demás,—añadió el cura, cambiando el tono de sus palabras cuando acabó de pronunciar las de don Anastasio.—Aquella noche, tu excelente padre te hizo jurar otra vez que no darías á conocer á nadie, absolutamente á nadie, tan deplorable suceso; que no harías por buscar á tu hija, y que habiendo muerto Pepe Armental, no suicidado ó en duelo, como suele ocurrir en los dramas, sinó de enfermedad, y en su lecho, era preciso que se considerase este episodio terrible y doloroso de tu existencia como terminado en definitiva.

—Todo eso le juré, todo se lo prometí,—añadió la de Añorbe.—El espectáculo de mi padre moribundo me llenó de angustia el corazón, y al oírle que este solo juramento le hacia morir tranquilo y dichoso, lo presté sin vacilar... Pero ¡Dios mio! ¿es posible que yo me vea obligada á cumplirle? ¿Es posible que yo tenga la fuerza de voluntad que es necesaria para ello?

—¡Cordero celestial!—replicó el clérigo, acariciándose las puntiagudas rodillas con las huesudas manos.—Eso no se pregunta. ¿Quién duda que los juramentos son inviola-

bles? No abrigues ni por un momento esa duda proterva. ¡Fuera, fuera vacilaciones!

—¡Qué bien se dice eso cuando no se experimenta interés ninguno por el sér á quien el cumplimiento de lo prometido perjudica!... ¿Qué es preferible? ¿que yo me pierda en el otro mundo por salvar en éste á Soledad, á esa Soledad abandonada de Dios y de los hombres, ó que anteponga la ventura eterna mia á la ventura temporal de mi hija? ¿No supone un egoismo horroroso, que hiela el alma, lo primero?

—¡El mismo diablo te inspira! El juramento es sagrado é inviolable, y mucho mas lo es éste, en que se fundan todos los cálculos de un hombre tan sublime y recto como tu padre... Por otra parte, no debes olvidar que es compatible con el amparo que debes á tu hija... Y sólo porque tú debes y puedes ampararla, te he revelado su casual encuentro conmigo... Si á mí, con mis cortos medios de fortuna, me hubiese sido hacedero lo que tú vas á llevar á cabo, siguiendo mis consejos, ¿te habria puesto en este caso duro y cruel? No. Lo he hecho, porque no habia otro remedio que hacerlo.

—¡Oh! ¡pero lo que usted quiere, padre Hermandito, es atroz! Sería yo una vil mujer si me contentase con decir: «Hé aquí la limosna que destino á mi hija,» encargando á unas cuantas monedas del oficio santo de madre.

¡Esto sería indigno! ¡Esto sería una interpretación farisáica de los preceptos divinos!

—Hija, hija,—repuso con alguna entereza el clérigo—no te metas en dibujos... ¿No te basta que yo, tu confesor, tu director espiritual, te asegure que así cumples tus deberes de un modo completo, guardando la debida consideración á la memoria de tu padre?... Tu hija será puesta en un colegio, mas fuera de Madrid, en Cataluña ó en Francia.

—¡Pero eso es un sacrificio superior á toda madre! ¡Sin verla, sin conocer su rostro, sin mirar una vez sola su cuerpecito adorado!

—Pues ese es el sacrificio que te cumple realizar.

—Es demasiado fuerte para que pueda soportarle.

—Nada hay superior á la resignación del cristiano.

—Sí hay: hay la naturaleza misma, que se revela indignada contra tamaña avilantez. Usted llama sacrificio santo á lo que yo califico de odioso crimen.

—Tu lenguaje es el del pecador contumaz y rebelde, que siempre halla á mano palabrejas impías con que justificar sus errores, y hasta ensalzarlos... El bien no tiene mas que un camino, y ese estrecho. Los anchos derroteros del mundo y del pecado son cómodos, agradables y expeditos; abundan en buenas fondas, y todos los que por ellos andan traen

la alforja repleta, y preñada de corroborantes zumos la bota. En cambio, por el camino derecho sólo se ven pobres andrajosos, sin buen humor ni gana de jolgorio. Reconcentrada llevan en su alma la felicidad angélica que Dios les ha otorgado, y en su rostro no resplandece otro sentimiento que el de la paciencia... Sé de los primeros, si Dios no te toca en el corazón, y abre tus ojos á la luz verdadera.

—¡Pobre de mí!

—Y ten entendido—añadió el cura con cierto comprimido enojo que acostumbraba á agitar su alma cuando se hallaba de manos á boca con un pecador poco obediente,—que aún en el caso de que tú te opongas á ello, yo, yo te impondré ese sacrificio. Porque yo no he de decirte dónde se halla tu hija, y tú no has de verla; no, señor. Haré contigo lo que el pueblo deicida con Jesús... ¡A la cruz, á la cruz! Ahí están sus brazos, ahí está aguardando ese holocausto, con el que se regocijará tu padre desde el cielo. Yo, que quieras que no quieras, te haré subir al Calvario... ¡Bueno fuera que mi misión, tan laboriosamente cumplida cerca de tí, se malograra por una terquedad pecaminosa de la señora doña Ana!

—Padre, no hable Vd. así. ¿Será Vd. capaz de hacerlo como lo dice?

—Sí; si lo seré. ¿Quieres que ponga mi con-

ciencia al filo de una ligereza tuya? ¿Quieres que defraude las esperanzas de mi mejor amigo? No, y cien veces no. Le prometí poner cuanto en mi fuerza estuviera para que no vieses á tu hija, y lo cumpliré, sin apartarme un punto de mis juramentos.

—¡Ay de mí!—balbuceó la señora.

—¡Ay de tí! ¿Por qué... ay de tí?

—¡Hombre!—repuso Ana con energía.—¡Y me lo pregunta Vd.! Sin duda se imagina el padre Hernandito que una madre no debe tener interés en encontrar á su hija. Usted cree que en mi deseo de verla, no hay mas que un pueril capricho, como el que siente un niño por que le entreguen el muñeco que vió en los escaparates de Serhopp. ¿Vd. piensa esto?

—Yo no pienso eso, porque no soy tan propenso á las exageraciones como tú. ¡Cordero celestial!... Pienso únicamente que es necesario sacrificar esos deseos, porque se alzan rebeldes para acabar con un compromiso de tu conciencia. Pienso tambien, que si Dios te coloca en el duro trance... ¡yo reconozco que es duro!... de optar entre tu hija y tu alma, has de preferir la segunda... Y pienso, para concluir, que aún en el caso de que decidieras romper tu juramento y arrojarte locamente en el abismo de la perdicion, no conseguirias nada, porque yo no he de enseñarte el camino por donde se va al sitio en que

se halla Solita. Hé aquí todo. Esto es lo que pienso yo.

Hubo un rato de silencio, interrumpido sólo por el ruido del viento, que se habia desatado en furioso temporal, azotando los árboles de la calle contigua y arrebatándolos sus últimas hojas. Giraban las veletas de las chimeneas con metálico chirrido, y abajo, el tronar del aire agitaba las puertas, empujándolas hácia dentro de las casas, como si alguien intentase penetrar en ellas. Estaba casi extinguido el fuego de la chimenea, y bien entrada ya la noche, las sombras habian envuelto las cosas todas en su negro manto. El resplandor tenue de los leños, que iban convirtiéndose en ceniza, hacia brillar el mármol de la chimenea y la hebilla del zapato de D. Pedro, dejando lo demás en la oscuridad profunda. Eran las ocho.

—Pediremos luz,—dijo el padre Hernandito, el cual, buscando en vano luz en su cerebro para apelar á un último recurso de elocuencia que le permitiese convencer á doña Ana de la necesidad del sacrificio que la pedia, imaginó, sin duda, que lo mas urgente era encender algo que le iluminase en aquellas sombras exteriores é interiores.

—¿Para qué?—repuso doña Ana.

—Para vernos las caras... Muchacha, tú no tienes en cuenta que es muy de noche, ni que llevamos aquí tres horas charlando.

—¡Pobre niña!—dijo Ana, sin oír las palabras del clérigo.

Alzóse éste, y sacando del bolsillo de su chaqueta una caja de fósforos, encendió una bugía, de dos que en un elegante candelero de plata habia sobre el mármol de la chimenea.

—¡Hágase la luz!—dijo.—Ya nos podemos ver de nuevo, y verse es comprenderse. Hablar en lo oscuro, es quitar al lenguaje la mitad de su sentido, porque las palabras no están completas si no las acompaña algun gesto de manos, algun visaje que explique y aclare su expresion.

La bugía, despues de lucir con brillo escaso, comenzó á exparcir sus esplendores sobre el mueblaje, que era lujoso y mas conforme con los últimos adelantos de la tapicería y ebanistería que el del resto de la casa. En las paredes habia acuarelas, representando escenas de toros, majos á caballo, ramos de flores y frutas; en el suelo, alfombra encarnada y negra, en la cual corrian unos búfalos azules, perseguidos por indios verdes, y en donde la estampacion habia copiado la naturaleza, desfigurándola á virtud del asendereado precepto de Horacio. Las sillas eran de palo dorado y asiento negro, ostentando en el aéreo respaldo los cuernos de una cabra, que iban estirándose hasta formar una á modo de lira con cuerdas de flores. Los sillones, de varios colores y clases, reunidos en un ángulo del ám-

plio gabinete, parecían graves señores, convocados allí para discutir algun asunto complicado. Cuatro espejos cambiaban sus sonrisas y guiños cuando la luz se reflejaba en su bruñida superficie; y en lo mas lejano y recóndito del cuarto veíase un piano con su tapa alzada, mostrando aquella ebúrneos dientes de gigante, y aquellos, nervios de Apolo que, temblando, cantan. Frente al piano, y como mirándole con cierto despego, hallábase una imágen del Nazareno en la Cruz: obra delicada de algun artista desconocido, revelaba, si no la inspiracion que hay en el sombríamente hermoso *Cristo* de Velazquez, un talento místico, dispuesto á experimentar admiracion por aquel sangriento drama del Calvario.

Cuando D. Pedro dejó la bugía sobre un velador, tropezó su vista con la sagrada efigie, y como si el reflejo de la luz en la bruñida tela le hubiese iluminado el alma, sonrió y dijo:

—Ese silencio tuyo me revela que al fin reconoces que es imprescindible seguir mis consejos. ¡Pobre Ana! Tú, que eres modelo de piedad, ejemplo de edificacion y mansedumbre, no puedes apartarte en una ocasion solemne de la senda que con sangre marcó en el mundo el Divino Maestro... ¡Qué dulce y hermoso nos le representa el pincel de los artistas, cuando, habiendo espirado ya, tenia el

noble semblante pálido, como cielo sin sol, cerrados los párpados, mudo el lábio, aquel lábio á donde iban las abejas en busca de su miel! El negro cabello cae por la espalda y hombros, como sudario de fúnebres cipreses, y los músculos distendidos, helado el corazón. Quieta la máquina de su vivir, representa el bello cuadro del sacrificio heroico. ¿No es grande y sublime poderle imitar? ¡Oh, séres desventurados los que no hallan jamás en su vida un momento como el en que ahora se halla tu alma! Sí; son desventurados, porque no han podido probar el temple de su alma, ni salir de la esfera de las gentes vulgares. ¡A tí, en cambio, qué magnífica ocasión se te presenta de sacrificar un deseo, un instinto, un ímpetu de tu corazón!... Dime que pensabas esto ahora, dime que estas celestiales ideas cruzaban ahora por tu mente.

La señora de Añorbe miró el cuadro que con su retórica perífrasis le habia indicado el sacerdote, y cayó de rodillas delante de él. Extendió las manos, y apoderándose de las de D. Pedro, murmuró entre sollozos y lágrimas:

—¡Lo que Vd. quiera, padre mio; lo que Vd. quiera! Soy una desdichada, una pecadora incorregible. Perdóneme usted.

Aquel raptó de arrepentimiento conmovió al clérigo, que obligó á la gentil devota á alzarse, añadiendo:

—¡Te perdono! Sí, te perdono. Eres un espíritu elegido, un alma justa.

Entonces sonó en la puerta del gabinete un leve golpecito, dado por unos nudillos.

—Adelante,—dijo el cura.